

"modas francesas" cuya integridad se ponía en grave peligro. Esta actitud de rechazo a lo francés propició la aparición de algunas novelas más "restituidas", en las que el pensamiento y la imagen del mundo se construyó por oposición al otro (francés, moderno, civilizado, peligroso). Así, la labor de Isla al traducir *Gil Blas* y devolverlo a su país, no se quedó sólo en eso, en traducir: tergiversó la traducción y añadió varios capítulos más al final que cambiaban el tono secularizador de la obra y la entroncaban en los referentes culturales e ideológicos, así como lingüísticos, que él consideraba caracterizadores de su nación, frente al pensamiento moderno expuesto por Lesage¹³. Subyacía también en esta actitud la noción de que los españoles habían inventado el género novelístico durante el Siglo de Oro y que, por tanto, tampoco tenían nada que aprender de los franceses. Prueba de ello es que se valían tanto del teatro como de las novelas españolas para crear su propia literatura. Por consiguiente, había que devolver a España lo que los franceses le robaban.

En la novela, como en otros géneros literarios, se dio esa ambivalencia hacia lo francés, que está presente en otras manifestaciones políticas y culturales de la segunda mitad del siglo XVIII. Con la diferencia de que la novela, a pesar de los ejemplos contrarios, dio a conocer la modernidad civilizadora, casi siempre identificada con modelos provenientes de Francia.

¹³ Un esbozo de comparación del original con la versión de Isla, en Presentación Husquinet- García, "Le *Gil Blas* du P. Isla, traduction ou trahison du roman de Lesage?", en *Études de Philologie Romane et d'Histoire Littéraire*, eds. J. M. D'Huer et N. Cherubini, Université de Liège, 1980, pp. 669-675.

M-8270
F-17

ARL
24

MARÍA JOSÉ ALONSO SEOANE

L'étude porte sur la collection de romans intitulée Lectures utiles et divertissantes. La présence explicite de la France y est, somme toute, réduite. Cet effacement s'explique par le procédé adopté par Olavide, qui consiste à hispaniser, autant que possible, les personnages et les lieux chaque fois qu'il s'agit d'adapter des modèles français, et aussi parce que les présumés "ilustrados" d'origine française sont si naturellement intégrables que leur marque étrangère disparaît. La présence explicite de la France est liée principalement à la tradition, elle-même éclairée et non exclusivement espagnole, du voyage éducatif qui conduit à visiter et admirer Paris pour sa richesse culturelle insurpassable.

FRANCIA EN LA OBRA NARRATIVA DE PABLO DE OLAVIDE

Esta comunicación sólo incluye el estudio de la novela corta de Pablo de Olavide: es decir, la colección de novelas titulada *Lecturas útiles y entretenidas*¹. Veintiuna novelas de mayor o menor extensión –pero no largas–, de distinto carácter; entre las que se encuentran relatos de corte –galantes, placenteros, siempre con algún ribete ilustrado–, novelas educativas, casos trágicos en que aparecen elementos góticos, libros de aventuras bizantinas estrictamente contemporáneas –dieciochescas– y novelas sentimentales. Un *corpus* extenso –el mayor que, bajo la misma autoría, aparece en la novela española del siglo XVIII–, siempre en conexión, lejos o cerca, con los temas ilustrados del mayor interés para Olavide; y en los que, sólo por excepción, el final es desgraciado. Aunque, siempre, salvo en los relatos más felices, la zozobra y los problemas de difícil solución acompañan al lector mientras mantienen su interés volumen a volumen.

Aparentemente, en cuanto a la imagen de Francia y lo francés, las *Lecturas* no se diferencian de otras novelas españolas del estilo en la época. Pero la personalidad de Olavide, particularmente ligada a Francia, su decidida vocación literaria, y, ade-

¹ Cito, actualizando ortografía y puntuación, por la edición de Madrid, Doblado, 1800, tomos I a VII, y Madrid, Dávila, 1816, tomos VIII y XI, y 1817, X y XI, bajo el nombre supuesto de Atanasio Céspedes y Monroy. Añadiré a la cita, en romanos, la parte de la novela, en caso de que tenga varias, y el de página o páginas. Para la novela corta de Olavide en general, cfr. mi artículo "La obra narrativa de Pablo de Olavide: nuevo planteamiento para su estudio", *Axerguía*, II, 1984, II 49. Para Olavide en general, entre otros, la obra clásica de M. Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'afrancesado, 1725-1803*, Paris, Presses Universitaires de France, 1959; y el reciente L. Perdices Blas, *Pablo de Olavide (1725-1803), el ilustrado*, Madrid, Editorial Complutense, 1992.

más (o quizá, sobre todo) lo que actualmente conocemos de su obra narrativa. obligan a un estudio más detenido, en el que algunos datos poco expresivos adquirirán su debida relevancia. En concreto, aunque para el conjunto de las novelas todo resulte provisional, puesto que sabemos que algunas de ellas son adaptaciones y no hay razones concluyentes para no pensar que lo mismo pudiera ocurrir en toda la colección, es preferible suponer su dependencia, en principio, de originales franceses que hacer lo contrario: ignorar la realidad y las consecuencias -aunque siempre con carácter provisional- de su existencia.

Tomadas las *Lecturas* en la totalidad de la colección, ha sido fácil aislar los elementos y clasificar aquellas novelas donde aparecen referencias a Francia y a lo francés, y la índole de estas referencias; por lo demás, bastante escasas en su conjunto. Sólo aparecen, y en la mayoría de las ocasiones sin significativa relevancia, en siete de ellas: *La huérfana*, *La hermosa malagueña*, *La presumida orgullosa*, *El fruto de la ambición*, *El secretario filósofo*, *El inconstante corregido* y *Los gemelos*: material suficiente, de todos modos, para un estudio de estas características. Pero, además, hay que tener en cuenta el hecho aludido -del que, independientemente, este trabajo ha venido a ser, una prueba más, interna-, de que entre las novelas de la colección haya traducciones-adaptaciones de originales franceses. Porque condiciona, lógicamente, el estudio de la totalidad de la colección, y a la vez ilumina esa aparente escasez de referencias a Francia y a lo francés que resultaría particularmente sorprendente en Olavide. En el mismo sentido, también desde el principio debemos tener presentes las palabras decisivas al respecto del *Prólogo* de las *Lecturas*, en que se declara:

Con esto ya se ve que ni yo, ni el heredero podemos saber si estas historias son originales o traducidas, si son sacadas de otros libros, o si son propias invenciones del Autor, o tal vez si hay de uno y otro. Lo que puedo asegurar es que todos los personajes son Españoles; que los sitios, las costumbres que se pintan, y los sucesos que se

² Prólogo, T. I., p. 11. A pesar de que haya reminiscencias cervantinas en las *Lecturas*, en el mismo *Prólogo* señala Olavide un modelo francés; y entre ellas he podido identificar tres adaptaciones de novelas francesas (*Félix et Pauline*, de P. Blanchard, en *El fruto de la ambición*; *Ernestine*, de Mme. Riccoboni, en *El amor desinteresado*, y *Germeuil*, de Baculard d'Arnaud, en *Los peligros de Madrid*). Para el estudio de estas adaptaciones y la comparación con los textos franceses cfr. mis artículos "Traducción y adaptación en el siglo XVIII español: una versión desconocida de la novela de Blanchard, *Félix et Pauline ou le tombeau au pied du Mont-Jura*. *Actas del IV Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*. Granada. Universidad de Granada, 1989. 231-7; "Adaptaciones narrativas en el siglo XVIII español: *El amor desinteresado* de Pablo de Olavide". *Traducción y adaptación cultural: España-Francia*. Oviedo. Universidad de Oviedo, 1991. 199-209; "Olavide, adaptador de novelas: una versión desconocida de *Germeuil*, de Baculard d'Arnaud". *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, II, Barcelona. PPU, 1157-1166.

cuentan parecen acaecidos en España: de modo, que si alguno de ellos ha sido sacado de libros extranjeros, el autor lo ha naturalizado. Pero esto ¿qué importa al lector?"

Lo que nos encontramos, en realidad, no es una ausencia o inexistencia, sino un eclipse de Francia y de lo francés. Un eclipse sólo relativamente total; más aún, la misma consideración de la tarea adaptadora de Olavide, nos permite apreciar mejor, con los matices correspondientes, cualquier aparición, fugaz o no, benevolente o no, de los elementos que se presentan relativos a Francia.

Veamos todo esto entrelazando el análisis de los materiales con las consecuencias a que dan lugar. Consecuencias que ya desde ahora pueden resumirse en dos tipos, de carácter diferente. En primer término, aquéllas que provienen de la propia técnica narrativa de las novelas de Olavide; y en el segundo, aquéllas que propiamente tienen que ver con la imagen de Francia, y que, en las *Lecturas*, por su autor y por su misma naturaleza tienen características propias.

Las referencias a Francia desde el punto de vista de su relación con la técnica narrativa de las *Lecturas útiles y entretenidas*

En el primero de los casos, derivado de la técnica narrativa empleada por Olavide, se encuadran las referencias que prestan ilusión de realidad incluso a obras tan abstractas como las novelas galantes o las de aventuras bizantinas; en las que las referencias a Francia o a lo francés son relativamente abundantes en el caso de las *Lecturas*. Pero todo depende de los procedimientos narrativos. Sin duda, en la narrativa del XVIII se había hecho un esfuerzo considerable para conseguir la ilusión de lo real, como se ha estudiado con respecto a elementos como cifras -años, cantidades de dinero o transacciones económicas, etc.³-. En este campo, afecta a la relación con Francia, la localización temporal y espacial -más frecuente-, de hechos y personajes; y el origen (la nación o nacionalidad), además del nombre, apellidos y, en su caso, títulos. Elementos que tienen una presencia obligada como procedimiento de caracterización de los personajes en juego; ya que todo lo que ocurre en este tipo de novelas que quiere ser, de algún modo, realista -*historia real, anécdota verdadera*, etc.-, ocurre en alguna parte; y si, por exigencias del argumento, debe hacerse algún viaje, los personajes se trasladarán de un lugar determinado a otro, pasando muchas veces por un itinerario concreto. En cuanto a los personajes mismos, aquéllos que

³ Cfr. E. Showalter, Jr., *The evolution of the French Novel 1641-1782*. Princeton, Princeton University Press, 1972; y V. Mylne, *The Eighteenth-Century French Novel. Techniques of illusion*. Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

realizan lo que constituye o hace avanzar la narración, tampoco brotan de modo espontáneo, sino que tienen, además de nombre y otras circunstancias, un lugar de procedencia, dentro o fuera del propio país. Esos recursos se encuentran, de la forma adecuada entonces –considerablemente escueta–, en todas las novelas de las *Lecturas*. La enunciación –más o menos precisa– del sujeto, lugar y tiempo, suele abrir los relatos⁴; y con fórmulas similares, se indican los lugares recorridos.

Localización espacio-temporal

A la localización temporal se llega a través de referencias históricas que son de dos tipos: convencional y literario el primero, que indica cierta noción, rara vez concreta, de un tiempo pasado y más bien lejano –que apenas tiene que ver con el argumento–; y, en el segundo caso, la que remite a una naturalización que encuadra la acción de las novelas en la historia reciente de España en el siglo XVIII: en las que las referencias, cuya función es también de mero encuadramiento temporal, se manejan de modo más cuidado y concreto.

En el primero de los casos, nos encontramos con alusiones a los Reyes Católicos y a la fecha precisa –aunque no nombrada– de 1492, en relación a la toma de Granada, en *El sol de Sevilla*, por otra parte, quizá la novela de corte más arcaico o anticuado de las *Lecturas*, que se abre con las palabras: "En tiempos de los Reyes Católicos vivía en Sevilla [...]" (p. 125). Época de la historia de España de especial buen concepto en el XVIII, a la vez que comienzo similar al de otras novelas del XVIII o anteriores⁵. En el interior del texto, hay alguna otra alusión perdida a las circunstancias históricas y en el cierre, como corresponde al principio⁶. La otra novela en que se da este primer tipo de localización temporal es *La mendiga honrada*, en cuyo principio se alude al corsario Barbarroja, en época históricamente cercana⁷. En el segundo caso se encuentran las

⁴ "En un lugar no lejos de Madrid vivía después de algunos años un excelente Hortelano" (*La paisana virtuosa*). "En Madrid vivía un pintor, llamado Juan Velázquez" (*La huérfana*).

⁵ En la obra de Mme. Gómez (relacionada con Cervantes) *La force du sang*, que comienza: "Sous le règne de Ferdinand et d'Isabelle [...]" (*Les journées amusantes*, t. VII, Amsterdam, La Compagnie, 1777, 8ª ed.).

⁶ "La reina Isabel quiso ver a Laura y quedó tan prendada, que, para no separarse de ella, la nombró dama suya. [...] El Marqués contribuyó mucho con su valor a la toma de Granada; y el día que se rindió esta ciudad y que los Generales fueron a congratular al Monarca, éste le dijo: tú me has dado una buena joya, y me la debías, porque yo te había hecho recobrar un tesoro mejor." [Fin] (p. 212)

⁷ Puede referirse a Haruj, corsario berberisco, de origen griego, conocido por este sobrenombre, que en 1516 se apoderó de Argel; o, quizá mejor, a su hermano, Jair ed-Din (1467-1546), también llamado así, que luchó contra los españoles a las órdenes de los sultanes turcos Solimán y Selim.

guerras de Italia que ocuparon una parte considerable del siglo XVIII y la referencia concreta a las destinadas a poner en el trono de Nápoles al infante Carlos, después Carlos III de España. En este tema tenemos alguna alusión que es sobre todo referencia temporal: "En aquel tiempo España estaba en guerra con el Emperador; y las tropas españolas le disputaban el Reino de Nápoles, que al fin conquistaron para el Infante Don Carlos, después Rey de España con el nombre de Carlos III" (*El desafío*, p. 29).⁸

En cuanto a la localización espacial, en las *Lecturas*, como ya se había prometido en el *Prólogo*, los lugares fundamentales donde transcurren los hechos son españoles; y también lo son los personajes básicos. Sin embargo, las circunstancias obligan en ocasiones a cambios de país y a la intervención de personajes extranjeros; y, dejando por ahora aquellos momentos en que esto constituye una verdadera adaptación cultural, los lugares y nacionalidades, en su definición funcional, escuetamente referidos, resultan igualmente intercambiables. Escueta pero adecuadamente relatados, la mayor parte de las veces; porque Olavide no era un narrador ni un adaptador vulgar: escribe bien; y, a pesar de la funcionalidad de los datos que maneja, por lo general les dedica un tratamiento esmerado. Aún así, por las adaptaciones de las que conocemos el original francés, podemos comprobar la fácil intercambiabilidad de esos elementos, a pesar del cuidado con que la realiza, y que lo distingue de los adaptadores menos dotados o interesados en su labor. Resumiendo lo que debe tenerse presente para el

⁸ Las alusiones a las guerras de Italia, aunque naturalizadas en las novelas de Olavide con referencias a Carlos III, son compartibles con novelas francesas (cfr. *Ernesine*, de Mme Riccoboni), en que también aparecen como motivo de idas y venidas de los personajes. En alguna alusión temporal de las *Lecturas*, referente a las leyes sobre el matrimonio, encontramos un dato de cronología interna para estas obras de Olavide, que confirma, más en concreto, su tardía redacción: "Carlos III, de gloriosa memoria, cortó una parte de estos inconvenientes" (*La feliz desgracia*, p. 191). En otra de las novelas, *La familia feliz*, la ambientación en tierras de la región vasconavarra se completa con una referencia concreta perfectamente integrada en el marco geofísico y geopolítico, por la referencia al conde de Gages (1682-1753) (I, p. 93). Con respecto a la Guerra de Sucesión, hay referencias concretas aunque sólo como servicio al desgraciado argumento- en *El matrimonio infeliz*, cuyo comienzo es significativo: "Al principio del siglo décimo-octavo, cuando se disputaba la sucesión de la corona de España, este reino estaba dividido en partidos. Las Castillas y el mayor número de sus Grandes estaban por la causa que después favoreció el cielo. Felipe Quinto vino a Madrid, llamado por los Castellanos [...] pero [...] no faltaban aún entre los más poderosos algunos que eran partidarios del Archiduque, su imperio estaba todavía vacilante" (I, p. 131). En lo que cabe, la historia de estas opciones políticas se mezclan con el argumento, por lo demás trágico: "El Duque, que vivía en una de las ciudades de Castilla y que era sinceramente partidario de Felipe, desde que éste llegó a Madrid, vino a hacerle su corte, y obtuvo un empleo correspondiente en su palacio" (I, p. 132).

conjunto de las *Lecturas*, encontramos que, si el lugar fundamental, en la novela de origen es Francia (sea París o los Alpes), Olavide lo naturaliza; en consecuencia, el lugar fundamental de las novelas —como así ocurre en términos generales—, viene a ser España (Madrid o los Pirineos). Cuando los argumentos exigen desplazamientos, se hacen los correspondientes según lo que conviene en cada caso: dentro de la ciudad⁹, a los lugares vecinos (Versalles es Aranjuez), o bien a la Corte, en el caso de que la acción se sitúe en la Provincia. Pero también se dan desplazamientos más largos: viajes por el extranjero por motivos culturales; o hasta la frontera y a otros países como fruto de persecuciones o fugas en las novelas más accidentadas¹⁰. En estos casos, puede elegirse, tomando como base Madrid¹¹, de una manera simétrica, entre Portugal y Francia; cuando esto sucede, es relativamente probable suponer que, en los modelos franceses, se encontraría correspondencia, correlativamente, con Alemania y España. Portugal aparece en algunas novelas de la colección: *El sol de Sevilla* y *La huérfana*, aunque, en ellas, el nudo del argumento transcurre en España. En *El matrimonio infeliz*, sí se da un traslado de los protagonistas a Portugal, huyendo de los contratiempos y desgracias que les acarrearán las enemistades políticas —a las que se les da cierta relación con la historia de España de los comienzos del XVIII—, de sus respectivos padres. Aunque hasta allí les persigue la desgracia, siendo Lisboa el punto donde se enreda aún más la acción, provocando la extradición del marido, en una situación que recuerda a *El delincuente honrado* —aunque sin final feliz—, seguido de su mujer, en una abrumadoramente triste vuelta a la Corte madrileña.

⁹ "Una noche de invierno, que Doña Clara del Postigo volvía a recogerse a su casa, después de haber hecho oración en Atocha, oyó cerca de la puerta de las Delicias [...]” (*El amor desinteresado*, p. 183). Por otra parte, este comienzo es original de Olavide, en su adaptación de la *Histoire d'Ernesine*, que empieza así: "Une étrangère arrivée depuis trois mois à Paris [...] habitait deux chambres basses au fauxbourg Saint-Antoine: elle s'occupait à broder, et vivoit de son travail" (Mme. Riccoboni, *Oeuvres complètes*, t. V, Paris, Deshay, 1790, p. 1).

¹⁰ Alguna vez no se concreta: "Dombal, no pudiendo sufrir el desprecio de la corte y del público, se vio forzado a expatriarse, y sus nuevos delitos le condujeron al suplicio" (*Los peligros de Madrid*, p. 128). Pero, justamente, al tratarse de una adaptación identificada (*Germeu*), vemos que, por esa plausible intercambiabilidad de datos, el destino del perverso personaje, en la novela francesa, es España; extremo que Olavide elude: "Pour Blinval, incapable de céder à la voix du repentir, il s'étoit sauvé en Espagne, où sans doute un Ciel vengeur le poursuivoit, et l'atteignit: coupable d'un rapt, il périt sur l'échaffaud" (F. Baculard d'Arnaud, *Ses oeuvres*, t. IV, Paris, 1768-83, p. 455).

¹¹ Como ocurre en *El Sol de Sevilla* y *El matrimonio infeliz* (Portugal); y *La presumida orgullosa* (Francia).

Francia aparece también como frontera —en ocasiones, con algunos trazos de itinerario—, en novelas de corte trágico y, lógicamente, en alguna de aquellas otras en que el viaje educativo constituye parte del argumento (*La huérfana*, *El inconstante corregido*). En el primer caso encontramos *El secretario filósofo*, a quien persigue hasta Francia el hijo del engañado protagonista; que, a su vez, sufrirá su castigo por la venganza privada que realiza¹². En *La presumida orgullosa*, el itinerario en sí, hasta la frontera con Francia, tiene un papel argumental considerable; pues la seducida dama lo emprende, engañada por las promesas del francés Lamar, con el propósito de casarse en el camino —mientras Lamar sólo piensa en robarle y abandonarla—. El viaje, que efectúa con la diferencia de un día con el de Lamar, por las últimas razones de decoro que le quedan, constituye para la "presumida orgullosa" la ocasión de su desengaño interior por etapas, en un proceso —del que da cuenta por cartas¹³ y que se sigue también en la narración en tercera persona¹⁴—, que culmina con la evidencia de la traición de Lamar y la persecución de éste por la dama —ya en tierra de Francia— que ésta hace, a pesar de la descripción que hace la ventera de la región donde se encuentran: "Los caminos son todos de montañas, y en ellos terribles precipicios: pero lo más peligroso es que, como ésta es la frontera del Reino, hay en ellos muchos ladrones" (pp. 101-2).

La localización por lugar de origen de los personajes

En cuanto a la nacionalidad de los extranjeros, la situación viene a ser la misma, de fácil intercambiabilidad de datos; aunque el motivo no es abundante. De modo congruente con lo que se anuncia en el *Prólogo*, apenas hay, en realidad, extranjeros en las *Lecturas*; y, salvo intervenciones ocasionales de holandeses, suecos y daneses¹⁵, funda-

¹² "Con la intención de que si no los encontraba en España, perseguirlos hasta los extremos de la tierra. Que, en fin, había conseguido encontrarlos cerca de Roncesvalles [...] y los habían transportado a Pamplona" (pp. 94-5).

¹³ "Ya estoy en Burgos, en una miserable posada [...]. Yo sigo con el Conde hasta la frontera con ánimo de desposarnos en ella antes de entrar en Francia, porque no quiero parecer en su país sino con el nombre de esposa" (p. 76).

¹⁴ "Siguieron su camino, y llegaron a la última venta rayana de la Francia. [...] El Conde con este pretexto quería que se fuesen juntos desde luego a Francia, donde le decía que lo hallarían todo; pero ella le declaró tan decididamente, que no daría un paso más sin haber celebrado en España las ceremonias de la Iglesia" (pp. 88-9).

¹⁵ También, portugueses, italianos, y un inglés que pierde una fortuna a las cartas (*La presumida orgullosa*, p. 37).

mentalmente aparecen como consecuencia de los desplazamientos indicados, sin apenas notas especiales como es también el caso de algunos franceses¹⁶. Estos europeos evidentemente exóticos para el mundo mediterráneo en que se desarrollan las novelas de cautiverio, suelen aparecer como tripulantes en "navíos neutros" (*Los gemelos*, II, 216), que comercian en tierras árabes¹⁷. Pero en conjunto, como estaba anunciado, los personajes son españoles; y sólo en dos novelas, *La hermosa malagueña* —que transcurre prácticamente en "tierra de moros", como se diría en España— y *La presumida orgullosa*, hay un extranjero antagonista, tratado con suficiente importancia, en ambos casos francés. Sin embargo, también en ambos casos, este carácter depende de estar considerado no tanto como francés, sino como semejante —de nación próxima, del entorno europeo—, y a la vez diferente de los protagonistas —en principio, españoles—. Es decir funcionalmente; y no, por tanto, de modo propio como imagen de Francia.

En *La hermosa malagueña*, nos encontramos con una recreación, similar a la de *Los gemelos*, aunque de muy diferente final —en oposición simétrica, se podría decir—, del mundo árabe en las *Lecturas*. No es fácil, aquí, como en otros aspectos de las novelas, distinguir lo puramente imaginativo y convencional con lo cercano a la realidad; puesto que las incursiones y abordajes, los cautivos a los que después se intentaba redimir, eran una realidad cotidiana en el mediterráneo del siglo XVIII¹⁸. La cuestión es que, como corresponde a la época, y con reminiscencias del enfoque literario anterior del tema en España, el trato que se le da en las *Lecturas*, es positivo, en general. La amenaza corsaria está en el cuadro general de lo que puede suceder, y tiene cierta relevancia en *La mendiga honrada* (sólo como parte funcional del argumento), en *Los gemelos*, en que sólo aparecen franceses ocasionalmente y sin caracterizar, y en *La hermosa malagueña*, en que sí encontramos un personaje importante, el antagonista, encarnado en un francés llamado Clandol.

¹⁶ Dinamarca y Holanda aparecen en contextos de guerra y otras dificultades (corsarios árabes) marítimas. Así, en *La dulce venganza*, Manuel se entera por los "papeles públicos" de la aparente situación de su hermano (pp. 185-6).

¹⁷ Así en *Los gemelos*, varias veces (II, p. 143; II, p. 224 y 225). En la misma novela, como esclavos redimidos ocasionalmente, aparecen italianos y franceses: "No quedándole ya español que redimir, y sobrándole dinero, compra algunos italianos y franceses" (II, p. 230). En otras novelas, aparecen navíos franceses, que meramente ocupan el papel de navío occidental que transporta a los personajes (*La dulce venganza*, *La hermosa malagueña*, *Los gemelos*).

¹⁸ Ni siquiera aparece como absolutamente disparatado el que algún musulmán intente pasar a Europa para vivir el cristianismo al que era internamente converso, puesto que en fecha tan tardía como 1849, los periódicos conservan la noticia de una joven argelina que pasa a España con intención de bautizarse (*La Patria*, 11-VII-1849).

En esta novela, un musulmán, Selim, es, en realidad, el verdadero protagonista. Cultivado y humano, naturalmente y por sus estancias en Europa —literatura dentro de la literatura—, ama y respeta a la hermosa malagueña y al final se convierte al cristianismo, con intención de dirigirse a un país europeo. Selim se encuentra casualmente en Esmirna. Es un joven turco,

hijo de Memehet Efendi, que había venido a París con título de Embajador, y le había traído consigo. Tenía veinticuatro años cuando vino, había pasado cuatro en Europa, tanto en París como en Madrid y otras partes, admirando y aprendiendo las artes, usos y costumbres de los europeos. Hablaba muy bien español y francés; pero habiendo muerto su padre, se volvía a Constantinopla, y esperaba también en Esmirna que se reparase el navío que lo llevaba" (I, p. 18).

Este Selim "era naturalmente honrado y generoso" (I, p. 19); ya "antes de adquirir las luces de Europa, por sí mismo y por un instinto natural no frecuentaba la corte, ni siquiera vivía en Constantinopla, sino en una casa de campo" (I, p. 20-1); y también antes de ir a Europa "su serrallo no era una cárcel" (I, p. 24). Se había adaptado de tal modo que "volvía bien determinado a introducir en su casa la libertad y la alegría de las costumbres europeas" (I, p. 25); consiguientemente, así será tratada la hermosa malagueña, de quien se enamora: "Habiendo visto lo que se practicaba en Europa, quiso hacer lo mismo, y en su misma casa le pusieron un cuarto separado, donde era libre, como si fuera una europea que viajase" (I, p. 29).

Este turco ejemplar es delatado por Clandol, un francés pintado con los rasgos típicos del traidor¹⁹, aunque de modo contenido; a pesar de que ya anteriormente había dado muestras de una dualidad preocupante, la causa última de sus desórdenes es común a la naturaleza humana:

El pérfido Clandol [...] empezó por apostatar, por abjurar su religión y abrazar el Mahometismo. [...] Sin duda que no es posible hacer más horribles delitos; pero no por eso es preciso inferir que Clandol era naturalmente desalmado. No; antes de conocer a Florencia pasaba por honrado, y tenía principio de honor; pero tales son los efectos de las pasiones, cuando no se corrigen en debido tiempo (*La hermosa malagueña*, II, pp. 121-2).²⁰

¹⁹ "El pérfido francés con un aire frío le decía" (I, p. 67): "Ese vil francés es un traidor, a quien no se hallará compañero entre los turcos más infames." (II, p. 103). Pero siempre —pienso— desde el punto de vista de que más que de un francés se trata de un correligionario: igualmente podría haber sido español si la malagueña hubiera sido marsellesa, cosa probable.

²⁰ Ya al intentar conocer a Florencia da muestras de esa dualidad (I, p. 23). No deja de ser un joven en principio sólo ligero y con las características tópicas de los franceses: "Tenía mucho espíritu y gracias: su conversación era viva, alegre y animada: su espíritu estaba adornado de todos los conocimientos agra-

En la otra novela en que un extranjero tiene un papel importante, *La presumida orgullosa*, es también francés el impostor que enamora a una dama española y la lleva engañada hasta la frontera con Francia, aunque la española, en cuanto se da cuenta, lo persigue y lo mata de un tiro. Pero también, como en el caso anterior –aunque más caracterizado como francés seductor–, no deja de ocupar, solamente, el lugar del extranjero en la Corte que resulta no ser lo que parece: como las amistades prudentes de Rosaura no dejan de intentar hacérselo ver: "Pero ¿qué nos importa la conducta de un extranjero que se irá mañana?" (p. 56); con una nacionalidad intercambiable que, en su trayectoria, deja suponer la posibilidad de un fácil traslado suponiendo distinta la Corte y el lugar de procedencia. La presumida orgullosa, lugareña trasladada a la Corte, ocupa el lugar del burlador burlado: su inconsciencia la pone en manos de quien es un avezado sinvergüenza. El joven francés, presentado en la Corte como Conde de Lamar, no era sino "un hombre llamado Frontan, de oscuro nacimiento, de malas costumbres y que había servido de ayuda de cámara a un señor de París" (p. 36), del que había aprendido a comportarse de manera adecuada. Decide trasladarse a un país extranjero "y sobre todo a una corte, donde es tan fácil introducirse con la recomendación más ligera [...]. En este dichoso país [la corte] nada es más brillante, ni más fácil de conseguir, que pasar por amable y delicado" (pp. 38-9). Se describe el procedimiento propio del aventurero:

Con estas ideas echa la vista sobre las cortes de Europa y se determina por la de España, porque le pareció la más rica. Al pasar por León [Lyon], adonde ya llegó transformado en caballero, sacó de allí una carta de recomendación para Madrid y esto le bastó para ser presentado (p. 40).

En Madrid, logra atraer especialmente la atención de Rosaura, segura de no enamorarse, precisamente con desdenes calculados, descrito a veces con expresiones muy castizas que con cierta frecuencia elige Olavide: "Pero el marrajo francés se hizo el tonto y como que no entendía nada" (p.45). De modo incomprensible para Rosaura, pero no para sus amistades prudentes, que le habían avisado de "que ese francés era muy seductor, muy atrevido" (p. 72), al final todo termina irremediablemente mal, al ceder cuando Lamar le propone fugarse con él y "empezó a pintarle la

dables. Era también muy fecundo en recursos; pero su genio era inclinado a la intriga [...]; el principal talento de este francés era saber prestarse sin afectación a todos los diferentes gustos de los que quería seducir." (I, 22). En otros momentos se ve su evolución malvada como inaudita con respecto a su condición de francés; en una de las ocasiones en que se le contraponen al honrado Selim (I, 58). Desgraciado apóstata y traidor, no puede menos que acabar mal: "El pérfido Clandol, despreciado y aburrido, fue víctima de su propio despecho, y murió en breves días, en la miseria, devorado por los remordimientos" (II, p. 138).

dulce perspectiva del destino próspero y apacible que le podía procurar en Francia con un himeneo contratado en el seno de su familia, amigos y parientes" (p. 66).

La imagen de Francia

Con esto acabaríamos esta primera parte de referencias a Francia y lo francés, por otra parte, negativas, que se obtienen, sobre todo, como consecuencia de las convenciones narrativas de las *Lecturas*. Queda por ver la verdadera imagen de Francia que pocas veces se logra, porque, como vimos, de modo necesario, según la programática expresión del *Prólogo*, esa imagen se eclipsa, significativamente. Se eclipsa doblemente: en primer lugar, por el principio mismo de naturalización que opera en los elementos que hemos visto hasta ahora, y, en un plano más profundo, porque los presupuestos, en principio ilustrados, de origen francés o que pueden constituir la imagen de Francia desde España, no suponen en Olavide algo netamente distinto que pudiera constituir una visión delimitada. Por el contrario, es tal su cercanía y, en ocasiones, identificación –con los matices de la fuerte hispanidad de Olavide y de lo que, en general, supone la Ilustración española²¹– con los elementos que de Francia proceden, donde Olavide tuvo ocasión directa de conocer y asimilar, que las referencias a Francia se muestran en sus manifestaciones, como una alternante y desapasionada relación tanto para lo bueno como para lo malo; en la que todo está aprendido e integrado, y donde París, como Madrid, representan la Corte –todas las Cortes– donde la vida es mala, llena de peligros morales²² y la Provincia –cualquier Provincia– donde la vida es buena, porque es natural y sencilla. Lo mismo podría decirse de lo pésimo de las "malas lecturas" –Voltaire se cita en *El secretario filósofo*²³– por contraposición a lo excelente de la fe ilustrada. Para Olavide –como para tantos en España– no era fácilmente separable ya lo francés de lo europeo y ya espa-

²¹ Se ve en la resistencia no sólo a los viajes apresurados, sino a los extranjeros que visitan la corte, con actitud ligera que desilusiona a los españoles visitados.

²² Aunque, curiosamente, Olavide no deja de señalar algo característico de Madrid o de España, en general: la importación de la moda y de los productos franceses como síntoma de lujo y refinamiento (p. 251).

²³ "Obsérvalo como yo he hecho, y verás, que no sólo es un mozo disoluto, sino que afecta y tiene la pretensión de ser uno de estos brillantes filósofos a la moderna, que sin más instrucción que la que han recibido con la lectura de su práctica Voltaire [sic] (única biblioteca de estos ilustrados a la moda), y con algunos otros librillos de la misma especie, pero con una gran dosis de arrojo y desvergüenza [...] que ellos son espíritus superiores, que no dan en las ridículas opiniones del vulgo, y que su ilustración está muy encima de lo que llaman preocupaciones de la educación y la niñez" (pp. 14-5). Aunque estas lecturas se suponen dadas en España, como, en general, en Europa.

ñol, aunque sí muy convenientemente difundible, y para eso, fundamentalmente, se escriben las *Lecturas*. A finales del siglo XVIII y, en el caso de Olavide, especialmente después de los avatares de su vida, los elementos culturales de Francia y lo francés no podían ser vistos como una imagen de lo distinto y específico; salvo en referencias concretas, que son precisamente las que, por su importante labor adaptadora, hace desaparecer la mayor parte de las veces. Madrid, centro de la mayoría de las novelas, se equipara a otras ciudades populosas (*La familia feliz*, I, p. 51); Madrid es, sobre todo, la Corte; con la brillantez que tiene, especialmente de lejos²⁴. La Provincia da lugar a mejores sentimientos y hábitos de vida ("En la provincia los deseos son más tímidos, y los obsequios más respetuosos; pero en la corte se hace gala de la desvergüenza, y el amor se maneja sin decoro" (*La presumida orgullosa*, p. 16): "Observé que los hombres eran los mismos, y tal vez peores, en las Cortes y en las grandes ciudades" (*La familia feliz*, I, p. 106). En algunas novelas, tal contraposición es esencial, y, desde distintas vertientes, se ordenan a probar el inicial axioma: *El fruto de la ambición*, *Los dos amigos*, *Los peligros de Madrid*, *La presumida orgullosa*, *La familia feliz*, fundamentalmente. Por otra parte, se describen experiencias culturales comunes al mundo ilustrado, como la necesidad del viaje educativo—debidamente llevado a cabo—, que adquiere especial interés para nuestro propósito al dar lugar a desplazamientos al extranjero, traspasando por tanto los límites españoles que la naturalización ha exigido.

Esta abstracción de ámbitos referidos a la Corte o a la Provincia, o la escasez de otras ambientaciones europeas no se da en las *Lecturas* porque Olavide fuera insensible o incapaz de describir lo concreto: todo lo contrario. A pesar de las convenciones narrativas del XVIII, un mundo real, lleno de vida, puede reconstruirse en sus novelas, lo que ya es un mérito particular de Olavide narrador. Para aquello que conoció bien y amó—y son los lugares que cita, la mayoría de las ocasiones— tiene expresivas y dulces palabras en sus novelas; y al buscar las huellas reales de Francia, incluso en los elementos meramente funcionales que hemos visto, me han surgido muchos otros temas e imágenes sobre todo de Andalucía (Córdoba, Sevilla y Cádiz); también de su tierra natal limeña (en *Los gemelos o el amor fraternal*); de Madrid,

²⁴ Madrid como Corte, tiene todos esos aspectos negativos que se destacan en *El fruto de la ambición*: "La farándula de Madrid, su tráfico tumultuoso, su trato pérfido y disimulado" (I, p. 205) -no hay que olvidar que, en este caso probadamente, Madrid es París- y en *Los peligros de Madrid* en que ocurre idéntica transposición Madrid-París (p. 7). Esta contraposición, con las variantes correspondientes a la adaptación de Olavide, aparece en los originales franceses, en estas dos novelas de donde tomo estos ejemplos.

evidentemente; y dentro de Europa, además de Francia, Italia, que aparece con relativa frecuencia, como coordinada temporal²⁵ y como influjo cultural que fue en la Europa del XVIII—en concreto, la música, como se refleja en *El desafío*— y en los viajes educativos que se llevan a cabo en algunas novelas, *El estudiante* y *El inconstante corregido*.

En este sentido, es conveniente distinguir el lugar ocasional del mundo conocido y amado que recrea. Andalucía²⁶ y América—dentro de ella, su país originario—. Particularmente se representa la zona de Cádiz, por donde entró Olavide en España y en la que tuvo relación cercana posteriormente²⁷. Desde Cádiz, las Indias, siempre con la necesaria referencia marítima: en general, México, Filipinas y el navío de Acapulco; y Perú, de dulces reminiscencias: "Don Enrique de Lara había pasado en su juventud a Lima, capital del reino del Perú [...] y echó los ojos sobre Doña Mariana de Albizu, nacida en una de las más ilustres familias del país [...]. D. Enrique, que se hallaba bien en las delicias de aquel amable país [...] había perdido toda idea de volverse a España" (*Los gemelos*, pp. 3 y 8-9); aunque después su viudez y la educación de sus hijos—mediante el viaje formativo, en este caso a España— le hicieran cambiar de opinión. La "Corte y Villa" de Madrid, "teatro vasto donde se renuevan con frecuencia las decoraciones (*Los peligros de Madrid*, p. 5), tiene lugar destacado en las *Lecturas*. En general, y con todo un panorama de calles, lugares y costumbres, como los bailes de *candileja* (*La feliz desgracia*, p. 127),—que aquí no trataremos—: la puerta de San Vicente, orillas del Manzanares, Atocha y su santuario, donde se oye misa o se hace oración, la puerta de las Delicias; la ermita de San Blas en el día del santo; el Prado, los jardines del Retiro, la calle de Alcalá y la Iglesia de los Carmelitas, la puerta de Recoletos. Así como los Sitios Reales.²⁸ Sin embargo, nunca las Nuevas

²⁵ Cfr. nota 8.

²⁶ Málaga, Granada, Córdoba, que recibe un bello elogio (*El Sol de Sevilla*, pp. 138-9); y Sevilla.

²⁷ Sanlúcar de Barrameda, donde la vida es más cara que en la misma Sevilla: "En ese infierno de San Lucar no hay fortuna cumplida" (*La dulce venganza*, pp. 198-9); y Cádiz, con un comercio floreciente, donde la vida puede ser sumamente agradable: con "los pequeños viajes que se hacían a la Isla, al Puerto o a San Lucar en partidas de placer, las comedias que se representaban" (*Los dos amigos*, pp. 230-1).

²⁸ Especialmente, Aranjuez, en *El amor desinteresado* (adaptación de Versailles, en *Ernestine*): "Pero el aspecto magnífico de este Sitio encantador, sorprendiendo todos sus sentidos empezó a calmar su disgusto. Poco a poco, las habitaciones, los jardines, el esmalte y perfume de las flores; y, en fin, la vista de tantas hermosuras acabaron de serenarla" (*El amor desinteresado*, pp. 214 y 270). Como es natural, hay otras referencias a otros lugares de España, pero sin especial relevancia.

Poblaciones, de recuerdo quizá demasiado querido y doloroso, o de demasiada relación de algún modo comprometedor: tampoco particularmente Sevilla, para lo que hubiera podido esperarse²⁹.

Italia, país también recorrido admirativamente por él³⁰, tiene lugar propio en las *Lecturas*; en especial, con ocasión del recorrido que se hace por ella a propósito de viajes educativos³¹. Como era de esperar –pero esto corresponde a un sentimiento universal ilustrado de lo nada o muy poco que servían esos viajes apresurados, que la inconstancia del protagonista da pie a presentar en una acumulación agobiante– en contraposición a la función formativa de un *tour* bien llevado a cabo, el padre se aflige más que se alegra con una relación como la transcrita, con palabras cuyo reverso constituye el paradigma del buen viaje educativo:

Había días que el conde estaba desazonado. Las cartas de Pepito le afligían; le parecía ver la misma ligereza y que no se corregía en nada. Esos viajes atropellados en que no se podía hablar más que con los posaderos; este olvidar pronto lo que había visto, para no ocuparse sino de lo que iba a ver; este poco trato con los hombres, sobre todo, con los que son célebres por sus talentos; estas continuas descripciones de los edificios, sin hablar jamás de los usos, las leyes, el genio y las costumbres de los pueblos; esas carreras rápidas en que no se daba el tiempo de observar nada: en fin, esta tibieza de lo que veía, con tanto entusiasmo de lo que le faltaba que ver, le parecieron una continuación de su carácter; que en nada se había corregido y que no quedaba esperanza de que sacase fruto de sus viajes (I, pp. 97-8).³²

El viaje se presenta como necesario en varias novelas³³; y, con ocasión de Italia –aunque también en relación a otras localizaciones–, aparece también lo que tanto

²⁹ Levante, que también conoció, aparece con notas características; así como Cataluña y la región vasconavarra.

³⁰ En la viva semblanza de Olavide que su amigo Dufort de Cheverny traza en sus *Memorias*, recuerda cómo el peruano regresó exultante de Italia, donde "il avait vu tous les savants" (Dufort de Cheverny, *Mémoires*, ed. J.-P. Guicciardi. Paris, Perrin, 1990, p. 323).

³¹ Bajo los condicionamientos del argumento correspondiente, puede verse la experiencia del viaje de Olavide.

³² De Venecia, donde se enreda un tanto la trama de *El estudiante*, nos quedan notas precisas de su belleza y ambiente. En cuanto al influjo cultural de Italia, se destaca el adelanto de sus conocimientos musicales (*El desafío*, pp. 44 y 46). En este sentido, Portugal es sólo país de refugio ante persecuciones.

³³ *El estudiante*: "Pero para aprender a ser hombres es menester vivir con ellos [...] ya es tiempo de que leáis en el gran libro del mundo, que cuando se lee con reflexión y juicio enseña más que los otros" (I, pp. 186-7). En *El inconstante corregido*: "Después de muchas reflexiones le pareció que no había otro medio mejor que el de hacerlo viajar. Estaba en el concepto de que nada avanza tanto el juicio y la madu-

interés a Olavide como vehículo de transmisión cultural: el conocimiento de lenguas³⁴, y la traducción, tan impulsada y llevada a cabo por Olavide, en concreto del italiano en *El desafío*.

Francia también, pero menos veces de lo debido, si contamos –una vez más– con todo lo que sabemos de la relación real de Olavide y Francia, de sus amistades, de su resistencia –relativa– a dejarla³⁵. Pero pienso que los motivos indicados bastan para explicar las ausencias y dar mayor interés a las presencias que se encuentran y que, por último, veremos. Lo más positivo y real, la descripción de Francia y de París, llena de alabanzas y encanto, aparece relacionado con el viaje cultural descrito en forma epistolar, como un libro de viajes, tal como pudiera efectivamente haberlo sido en su tiempo³⁶. También, con motivo de estos viajes, se pone de relieve el brillante papel cultural de Francia, de obligado conocimiento y aprecio. Los pasajes donde se insertan estos textos sobre Francia son, por otra parte, sencillos. En *El inconstante corregido*, plenamente integrado en el argumento de la novela, podemos ver el eco de los viajes de Olavide por Francia. En *La huérfana* y *El fruto de la ambición*, aunque sin detalles geográficos, se destaca también el positivo concepto que Olavide expresó sobre Francia. Además, en esta última novela, por la casualidad de encontrarse entre las que conocemos como adaptación probada, podemos ver la creación de una referencia a Francia absolutamente original de Olavide: sin correlato

rez de la razón, como la observación y experiencia; y con esta opinión se determinó por fin a hacerle conocer una parte de la Europa" (I, p. 65). Y al contrario: "Que Felipe no puede ser más que un hombre de bien, pero oscuro, sin ningún mérito particular, pues no ha corrido el mundo, no ha tratado con gentes como yo, ni puede tener esta especie de soltura y desembarazo, que no se adquiere cuando no se sale del país en que se nace" (*La satisfacción generosa*, p. 149).

³⁴ Encontramos la profesión, tantas veces forzosa, de profesor de idiomas (*El matrimonio infeliz*, I, p. 190). En otras ocasiones se ve también el interés por los idiomas en Olavide: en *Los gemelos*, al llamar la atención sobre "una lengua que llaman franca, que es un compuesto de muchas lenguas en que dominan la española y la italiana; y cualquiera que sabe una de estas lenguas la entiende fácilmente" (p. 37; cfr., también, pp. 44 y 49). En cuanto a la traducción, se reconoce una ocupación tan conocida de Olavide, sobre todo en *El desafío*: donde parte relativamente importante del argumento se basa en el papel donde no está escrita sino la traducción de una canción italiana.

³⁵ Cfr., entre otros, M. Defourneaux, "Las amistades francesas de Pablo de Olavide". *El Mercurio Peruano*, n. 443-4, 35-48. Para las alternativas del estado de ánimo de Olavide acerca de su regreso a España, cfr. Dufort de Cheverny, *Mémoires*, t. II, ed. R. de Crevecoeur, Paris, Plon, Nourrit et Cie., 1886.

³⁶ Esto aparece, sobre todo, en *El estudiante*: "Ya habían visto muchas cortes, ciudades y países [...]. La colección de estas cartas sería una relación muy bien hecha de su viaje" (II, p. 192); y en *El inconstante corregido* (I, pp. 88-9 y 91).

existente en el texto francés que traduce. Los tres ejemplos tienen que ver con el convencimiento, repetidas veces argumentado, de la necesidad de completar la educación viajando. En el primero de ellos³⁷, en situación muy dieciochesca, un "caballero de estos tiempos"³⁸ describe en cartas a sus padres³⁹, las impresiones del recorrido; en un trayecto que puede seguirse con cierto detalle, y culminan en la sugerente visión de París, con su iluminación nocturna y todos los atractivos que describe:

Los Pirineos lo habían asombrado por sus enormes masas [...]. Después hablaba de los hermosos llanos de Montpellier, y las deliciosas campiñas de León: decía que toda aquella tierra hasta París estaba poblada y bien cultivada; que los caminos eran magníficos, sólidos y anchurosos todos adornados con dobles hileras de árboles; que no se podía estar en ningún punto sin ver muchos y lindos lugares, muchas villas bonitas y grandes, y suntuosas ciudades; y que fuera de esto por todas partes se veían, como si los hubieran sembrado, magníficos palacios, a que dan el nombre de campañas, y todos adornados de jardines deliciosos en que se junta la amenidad con la riqueza; pues al mismo tiempo que los sembrados los amenizan, los bosques cubiertos de arboledas los hermean, y las estatuas, los juegos de agua y los demás prodigios de las artes los adornan. Añadía que como en éxtasis llegó a París, y que fue grande su estupor cuando vio aquella inmensa y brillante ciudad; que por fortuna entró de noche, y que se admiró de ver la magnífica iluminación, cuyos términos no podía alcanzar la vista por ninguna parte, y que presentaba la perspectiva más agradable que se puede hacer en ninguna fiesta. Pintaba la hermosura, riqueza y simetría de sus plazas públicas; la claridad de las calles en medio de la noche; la elevación de sus templos, palacios y edificios; la solidez y robusta estructura de sus puentes, y la multitud, aseo y cortesía de sus gentes; en fin hacía una descripción encantadora de todo [...] (*El inconstante corregido*, I, pp. 90-91).

En *La huérfana*, el viaje, que se adelanta como medicina urgente para una pasión que se quiere hacer olvidar –aunque para ello resultará remedio inútil–, tiene directamente como término París, en este caso: "Ya sabes que tenemos un pariente que está en París de Embajador, mi ánimo era enviarte allí de aquí a algún tiempo;

³⁷ Significativamente –si tenemos en cuenta la probabilidad de que sea adaptación–, en otra de las novelas en que se hace lo mismo, aparece sólo Italia (*El estudiante o el fruto de la honradez*).

³⁸ Parafraseo el soneto de Iriarte, "Tres potencias bien empleadas en un caballero de estos tiempos".

³⁹ Aunque el argumento prueba lo poco que sirven estos viajes apresurados, al menos, algo madura; y las esperanzas de su padre se ven confirmadas, en gran parte, a la vuelta (*El inconstante corregido*, I, pp. 121-2).

pero pues la circunstancia es urgente, vete desde luego. El viaje, las nuevas costumbres, el variado espectáculo de aquel gran mundo, contribuirán a disipar tu pasión" (I, pp. 53-4). Aunque no olvidó su amor inoportuno –después correctamente resuelto–, la estancia en París sirvió al joven:

El Conde se admira viendo las mejoras notables con que le vuelve a ver. Aquel poco tiempo había crecido mucho, y había adquirido tantas perfecciones y gracias que no parecía el mismo. No era ya aquel mozo tímido y modesto [...]. Sin haber perdido ninguna de estas prendas les había añadido tanto despejo, gracias, soltura y bizarría que pareció a los ojos del padre el joven más bizarro de la corte [...]; pero quedó mucho más satisfecho, cuando vio en su conversación, que respondía y le daba razón de todo con un talento, inteligencia y madurez, que parecía superiores a su edad, y no se podía esperar en tan poco tiempo (II, pp. 166-7).

El último ejemplo es absolutamente escueto: sólo indica que el joven Mauricio, en *El fruto de la ambición*, comienza su viaje, por indicación de su padre, como era lógico que lo hiciera un español: por Francia, dando a entender que también París es destino final –como ocurría también en otras modalidades de viaje–. Pero toda la historia inicial del texto español de *El fruto de la ambición* (que es, en realidad, *Félix et Pauline*, de Blanchard), es sólo indicio de la capacidad fabuladora de Olavide, porque nada de esto existe en el episodio correspondiente del texto que Olavide adapta. Olavide lo crea como comienzo que considera adecuado para enmarcar la narración del anciano que relata la historia, y ese fragmento, inexistente en la novela francesa, constituye, en realidad, una ocasión especialmente encontrada en la que hacer un breve elogio a Francia:

El viudo Conde de Palencia quedó con un hijo único llamado Mauricio, a quien había procurado dar la más excelente crianza. Viéndole ya de veinte años, y que había acabado sus estudios, quiso que hiciese un viaje a París para que con la vista del mundo, y el trato de las gentes acabase de perfeccionar su educación. París era entonces el teatro del buen gusto, y la escuela de la urbanidad; y después de haber tomado sus medidas, mandó a su hijo que se preparase para el viaje. El joven Mauricio, lleno de talento y de curiosidad, recibió esta orden con el mayor placer y se puso en camino" (I, pp. 129-30).

Esto es lo que se encuentra directa y realmente referido a Francia en las *Lecturas*. Evidentemente, no tanto como quisiéramos –aunque se explique por las razones aducidas–, en este plano de la significación cultural de lo francés y de Francia; pero todo aquello que realmente tiene alcance de verdadera imagen, sí es genuino de Olavide. Lo que también nos da pie para pensar, como en toda esta

comunicación hemos supuesto, que muy otra sería la libertad de Olavide y el uso que hubiera hecho de ella, para tratar de lo francés y de Francia, si no hubiera seguido la pauta impuesta por él mismo –como español y como criterio de consciente adaptador cultural–, y declarada en el *Prólogo* como español y como criterio de profundo adaptador cultural, de que todo en sus novelas estuviera perfectamente naturalizado. En todo caso, podemos concluir que Olavide, cuyo amor a Francia está fuera de duda, no ha dejado de incluir, buscando e incluso creando la ocasión, una viva descripción de las tierras francesas y de señalar el viaje a Francia –por tanto, el conocimiento de la cultura francesa– como un elemento esencial de la educación ilustrada.⁴⁰

⁴⁰ Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación "La obra narrativa de Pablo de Olavide" (PS90-0034), financiado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (DGICYT).

En prensa este artículo, he podido localizar el manuscrito de una novela inédita de Olavide, *La maldición paterna*, no incluida en las *Lecturas útiles y entretenidas*, de la que sólo se conocía el título –al menos provisional–, y un fragmento del comienzo (las dos primeras hojas). Siguiendo lo habitual en las *Lecturas*, la novela es a primera vista española; pero he podido identificar también el original, que corresponde a *Anne Bell*, de la serie *Épreuves du sentiment* de Baculard d'Arnaud, en la que Olavide introduce amplias e interesantes variaciones. Espero publicar en breve el estudio y el texto de este manuscrito.

REGARDS ESPAGNOLS SUR L'ÉTRANGER

MIRADAS ESPAÑOLAS SOBRE LO EXTRANJERO